

#### IV

Al siguiente día, Damour tuvo una buena impresión: el marmolista le hizo entrar como vigilante en las obras de la casa del Ayuntamiento. Y así fué como vigiló sobre un monumento que él ayudó á quemar diez años antes.

Era aquel un trabajo no fatigoso, una de esas ocupaciones sedentarias que embrutecen. Por la noche rondaba al pie de los andamios, escuchando los ruidos y durmiéndose bastantes veces encima de los sacos de yeso. No habló ya de ir á Batignolles.

Un día, sin embargo, habiéndole convidado Berru á almorzar, gritó, á la tercera botella, que el gran golpe era para el siguiente día. Pero al siguiente día no se movió de su trabajo.



Aquello se hizo habitual; no se enfurecía ni reclamaba sus derechos sino cuando estaba embriagado.

Cuando estaba sereno permanecía sombrío; preocupado y como avergonzado. El pintor había concluído por burlársele, diciendo que no era hombre. Pero él permanecía grave.

—¡Habrá que matarlos entonces!... ¡Espero que llegue ese día!...

Un día llegó hasta la plaza de Moncey; después de haber permanecido una hora sentado en un banco, volvió á su obra. Durante el día creyó haber visto pasar á su hija por delante de la Casa de la Ciudad, reclinada sobre los cojines de un landó soberbio. Berru prometióle investigar alguna cosa, pero él rehusó. ¿A qué santo saber de su hija? Sin embargo, aquel pensamiento de que pudiese ser su hija aquella hermosa mujer, tan elegante, que había entrevisto al trote de dos fogosos caballos blancos, le trastornaba el corazón. Aumentó su tristeza. Compró un cuchillo y se lo enseñó á su camarada, diciéndole que era para degollar al carnicero. La frase le gustó y bromeaba sobre ella: la repetía continuamente, diciendo:

—Degollaré al carnicero... A cada uno su vez, ¿no es verdad?

Berru, entonces, le tenía horas enteras en una

taberna de la calle del Temple, para convencerle de que no debía degollar á nadie. Aquello era estúpido, porque no resultaba nada práctico, se perdía un hombre. Le cogía las manos y le exigía el juramento de no echar sobre sus espaldas un mal negocio. Damour repetía obstinadamente.

—No, no; á cada uno su vez... Degollaré al carnicero.

Pasaban los días y no lo degollaba.

Se produjo un acontecimiento que pareció deber precipitar la catástrofe. Le despidieron de la obra por incapaz: durante una noche tempestuosa se quedó dormido y le robaron unas herramientas. Desde entonces empezó á darse unos atracones de hambre de mayor cuantía; arrastrándose por los arroyos, demasiado orgulloso todavía para mendigar, mirando con ojos desmesurados los aparadores de los colmados. Y la miseria le aplastaba en lugar de excitarle. Encorvó las espaldas, hundiéndose en sus tristes reflexiones. Se hubiera dicho que no se atrevía á presentarse en Batignolles, ahora que carecía de una blusa limpia.

En Batignolles, Felicidad vivía en continuas alarmas. La tarde de la visita de Damour, no quiso contar el incidente á Sagnard; después, al otro día, atormentada por su silencio de la vis-



pera, sintió una especie de remordimiento y no encontró valor para decir una palabra. Así, temblaba siempre creyendo ver entrar á su marido é imaginándose escenas atroces. Lo peor era que en la tienda habían olido alguna cosa, porque los dependientes bromeaban, y, cuando madame Vernier venía por las dos chuletitas, tenía una manera mortificante de entregar sus setenta y cinco céntimos. En fin, una noche, Felicidad se echó al cuello de Sagnard y se lo confesó todo sollozando. Le repitió lo que había dicho á Damour; no era culpa suya, porque la gente, cuando se muere, no debía resucitar. Sagnard, aún muy verde para sus sesenta años y hombre muy agradable, la consoló. La cosa era un poco extraordinaria, pero se arreglaría. ¿No se arregla todo en el mundo? Se verían, hablarían. La historia le interesaba, hasta el punto de que, ocho días más tarde, como Damour no apareciese, le dijo á su mujer:

—¿Y bien? ¿Es que nos deja?... Si tú supieras su dirección, iría yo á verle, y después, como Felicidad le suplicase que se estuviese tranquilo:

—Pero, hija mía,—añadió,—es para tranquilizarte... Veo perfectamente que estás sufriendo... Es preciso acabar.

Felicidad enflaquecía, efectivamente, bajo la amenaza de un drama, cuya tardanza aumentaba

su angustia. Un día, en fin, el carnicero estaba reprendiendo á un mozo que había olvidado cambiar el agua á una cabeza de vaca, cuando entró su mujer lívida, balbuceando:

—¡Aquí viene!

—¡Ah... muy bien!—dijo Sagnard calmándose súbitamente. —Hazle entrar en el comedor.

Y sin apresurarse, volvióse hacia el mozo:

—Lávela usted con varias aguas, eso envenenaría.

Se fué al comedor, donde encontró á Damour y Berru. Aquel día iban juntos por una casualidad. Berru había encontrado á Damour en la calle de Clichy; no le veía ya con tanta frecuencia, fastidiado de su miseria. Pero cuando supo que su camarada iba á la calle de los Frailes, le dirigió mil reproches, pues aquel asunto era también suyo. Había empezado á sermonearle, gritando que él le impediría cometer tonterías, cerrándole el paso y pidiéndole el cuchillo.

Damour se encogió de hombros, con aire obstinado, firme en su idea de matar. A todas las observaciones del otro, contestaba:

—Ven si quieres; pero no me fastidies.

En el comedor, Sagnard dejó á los dos hombres de pie. Felicidad había escapado llevándose los riños; y, detrás de la puerta, cerrada con llave y cerrojo, permaneció sentada, desorientada,



apretando contra ella á sus hijos como para defenderles. Sin embargo, con el oído fijo, ansiosa, no oyó nada todavía; pues los dos maridos, en la pieza vecina, experimentaban gran embarazo y se miraban en silencio.

—¿De modo que es usted?—acabó por preguntar Sagnard, por decir algo.

—¡Sí; soy yo!—respondió Damour.

Encontró á Sagnard muy distinguido y se sintió pequeño á su lado. El carnicero no representaba más allá de cincuenta años; era un hombre guapo, de rostro fresco, el cabello cortado á rape y sin barba. En mangas de camisa, envuelto en un gran delantal blanco, que resplandecía como la nieve, tenía un aire de alegría y juventud que atraía.

—Es que—repuso Damour vacilando—no era á usted á quien quería hablar, sino á Felicidad.

Entonces Sagnard recobró todo su aplomo.

—Veamos, camarada, expliquémonos. ¡Qué diablos! No tenemos nada que echarnos en cara ni uno ni otro. ¿Por qué devorarse cuando la culpa no es de ninguno de los dos?

Damour, con la cabeza inclinada, miraba obstinadamente uno de los pies de la mesa. Con voz sorda murmuró:

—No quiero nada con usted; déjeme usted en paz... Es á Felicidad á quien quiero hablar.

—Eso sí que no... no hablará usted con ella—

dijo tranquilamente el carnicero.—No quiero que me la ponga usted enferma como el otro día. Podemos hablar perfectamente sin ella. Por otra parte, si es usted juicioso, todo irá bien. Puesto que usted dice que la ama, fijese en su posición, reflexione y obre en consecuencia...

—¡Cállese usted!—interrumpió el otro, asaltado por un acceso de brusca rabia.—¡No se ocupe usted de nada, ó esto acabará de mala manera!

Berru, imaginando que Damour iba á sacar el cuchillo de la faltriguera, se interpuso entre los dos rivales, aparentando gran ansiedad, Damour le rechazó diciendo:

—¡Déjame en paz tú también!... ¿De qué tienes miedo? ¡Eres un estúpido!

—¡Calma!—repetía Sagnard.—Cuando uno se encoleriza, no sabe lo que se hace... Escuche usted: si llamo á Felicidad, prométame usted ser prudente, pues ya sabe usted que es muy sensible... y nuestro objeto no es matarla. ¿Se portará usted bien?

—¡Si hubiera venido á portarme mal, hubiera empezado por estrangularle á usted con toda su palabrería!

Y dijo esto con un tono tan profundo y tan doloroso que el carnicero sintió una honda emoción.

—Entonces—dijo,—voy á llamar á Felicidad.



¡Oh; yo soy muy justo y comprendo que quiere usted discutir el asunto con ella! Está usted en su derecho.

Fué hacia la puerta y llamó.

—¡Felicidad!... ¡Felicidad!...

Después, como nadie se moviese, como Felicidad, helada ante la idea de esta entrevista, permaneciese acurrucada en la silla, apretando con mayor fuerza á sus hijos contra su pecho, Sagnard se impacientó.

—¡Vamos... Felicidad!—gritó: no seas tonta, M. Damour quiere hablarte.

Ultimamente sonó la llave; apareció y cerró cuidadosamente la puerta, para dejar encerrados á sus hijos. Se hizo un nuevo silencio, más embarazoso que el anterior. Aquel era el golpe de gracia; como decía Berru.

Damour habló finalmente con frases que se entrecortaban, en tanto que Sagnard, de pie delante de la ventana, levantando con el índice una de las cortinillas, miraba hacia fuera, para demostrar que era hombre de mundo.

—Escucha, Felicidad: Ya sabes que jamás he sido embustero. Eso, tú puedes decirlo... Pues bien, en esta ocasión no empezaría á serlo. Mi primera idea fué asesinaros á todos. Después me he preguntado qué adelantaría con eso... Prefiero dejarte dueña de la elección. Haremos lo que tú

quieras. Sí; puesto que los tribunales nada pueden hacer aquí para resolver en justicia, tú elegirás al marido que más te guste. Responde... ¿á quién eliges?

Pero Felicidad no pudo responder. La emoción la sofocaba.

—Está bien—repuso Damour con la misma voz sorda,—te vas con él... Cuando vine aquí, sabía de antemano el desenlace. No te odio por eso, y después de todo te doy la razón. Yo he acabado, no soy nada, tú no me quieres; en tanto que él te hace dichosa, sin contar que tenéis dos pequeños...

Felicidad sollozaba afligida.

—Haces mal en llorar; estos no son reproches. Las cosas han venido así, eso es todo... He querido verte otra vez para decirte que podías dormir tranquila. Ahora que has escogido, no te molestaré más... se acabó; no oirás hablar más de mí...

Y dirigióse hacia la puerta, pero Sagnard, muy afectado, le cerró el paso gritando:

—¡Ah! Es usted un hombre cabal... y no es posible que nos deje usted de ese modo. Comerá usted con nosotros.

Berru, sorprendido de aquel pacífico desenlace, se escandalizó al oír que su camarada rehusaba la invitación.



—Al menos, beberemos un trago—repuso el carnicero.—¡Aceptaré usted un vaso de vino con nosotros, qué diablos!

Damour no aceptó de pronto. Paseó una lenta mirada alrededor del comedor, un comedor muy bonito, con muebles de roble barnizado; después detuvo sus ojos sobre Felicidad, que se lo suplicaba, bañado el rostro en lágrimas, y dijo:

—Sí; al momento.

Entonces Sagnard, encantado, gritó:

—¡Vasos, Felicidad! No necesitamos que nos sirva la criada... Cuatro vasos. Es preciso que tú también trinques.—¡Ah, camarada! Me ha dado usted un gran placer aceptando... porque yo aprecio mucho los corazones grandes, y usted tiene un gran corazón, respondo de ello.

Entretanto, Felicidad, con nerviosa mano, buscaba vasos y una botella en el aparador. Tenía como perdida la cabeza y no encontraba nada. Fué necesario que Sagnard la ayudase. Después, cuando estuvieron los vasos sobre la mesa llenos de vino, brindaron los comensales. Damour, frente á Felicidad, debió alargar el brazo para tocar el vaso de ésta. Ambos se miraron, mudos, con el pasado en los ojos. Ella temblaba de tal modo, que se oyó el tintineo del cristal, como el castañeteo de los dientes en los escalofríos tercianarios. Ya

no se tutearon, estaban como muertos, no viviendo sino en el recuerdo.

—¡A la de usted!

Y, en tanto que bebían los cuatro, las voces de los niños resonaron en la estancia inmediata... agudas y rientes. Después llamaron á la puerta gritando:

—¡Mamá... mamá!

—¡Ea! ¡Adios á todos!—dijo Damour dejando el vaso sobre la mesa.

Y salió. Felicidad, pálida y desencajada, le vió marchar, en tanto que Sagnard les acompañó hasta la puerta.